

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Guerra a la vida

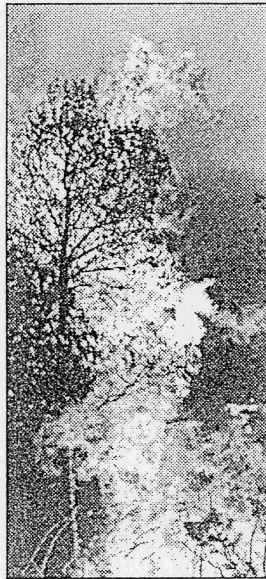
A veces me pregunto si no estaremos viviendo bajo el maleficio de alguna oculta brujería o de alguna infortunada conjunción astral. Sea cuál sea la causa, el efecto visible es que, en nuestros días, la vida está siendo asediada y atacada desde todos los puntos de la rosa de los vientos. Da la impresión de que la vida —cualquiera que sea— se ha vuelto insufrible para nuestra civilización. Lo mismo estorba la vida vegetal, que la animal, o que la específicamente humana.

La vida vegetal ha sido brutalmente agredida por los devastadores incendios que han estado abrasando nuestros bosques hasta hace solamente unos días. La pertinaz sequía del presente año ha contribuido a dejar sedientas nuestras tierras de cultivo y a agostar sus árboles y sus cosechas. Por su fuera poco, los dictados europeos se han encargado de que algunos de nuestros cultivos sean extirpados de la madre tierra. La contaminación atmosférica por anhídrido sulfuroso de origen industrial también ha producido la asfixia y envenenamiento de extensas zonas arboladas.

La vida animal tampoco escapa al maleficio, y es destruida masivamente por las llamas de los incendios forestales, o por los vertidos de productos químicos a las aguas, o por el uso inadecuado y abusivo de pesticidas, o por la pesca indiscriminada que esquilmá los mares. Los peces también han muerto, en este año de sequía, por el agotamiento de las aguas en las cuales vivían.

La vida humana no constituye ninguna excepción, y es víctima también de este maleficio y de esta locura colectiva.

Para empezar recordaremos el elevado número de personas que han perdido la vida luchando contra los incendios forestales. Otras muchas personas han sido abatidas por la furia terrorista o por la violencia de matones y desalmados de todo pelo. Otras han muerto heroicamente defendien-



do el orden y la pacífica convivencia. Otras vidas jóvenes se han perdido en el infierno de la drogadicción. Los que trafican con drogas tampoco han estado a salvo, y alguna ha muerto a tiros por asuntos suyos. También se ha extinguido alguna vida joven, sin recibir la necesaria ayuda, por motivos religiosos. Y, por último, no podemos olvidar que las carreteras se cobran, inexorablemente, su horrible contribución de sangre, hora tras hora, y día tras día.

Muchas son las vidas humanas que se truncan violentamente a causa de la brutalidad, de la inconsciencia, del fanatismo o de la irresponsabilidad, y otras muchas las que, o no son concebidas, o son liquidadas después de haberlo sido. La contracepción impide que salte la chispa de la vida en la relación de las parejas heterosexuales, y en

las otras parejas no salta, sencillamente, porque no puede saltar. Una alpargata, aunque se encierre en una jaula, como si fuese un pájaro, no canta ni cantará nunca, por la simple razón de que las alpargatas no pueden cantar, ni dentro ni fuera de las jaulas.

El aborto pinta de otra manera muy distinta, porque la vida no es asunto de dos, sino de tres, dos que pueden opinar y opinan, y uno que o puede opinar y calla. Y es intolerable que os que pueden opinar, opinen que el inocente que calla debe quedar callado por toda la eternidad, para que no moleste.

Llegar a este límite es pasar a mayores, porque el derecho a la vida de un ser inocente no es materia opinable y, por tanto, jamás puede quedar al arbitrio de otras personas, ni siquiera de los respetables y respetados ciudadanos que han asumido ante el pueblo la responsabilidad de legislar.

El derecho del Estado termina donde comienza el derecho a la vida de los seres inocentes, y ésta es una verdad que está clarísima para la gente de buena fe. Los legisladores pueden embarullar a las gentes, con leyes, en asuntos de menor cuantía, pero nunca en asuntos medulares como éste, porque las grandes verdades naturales se sostienen por sí mismas, sin apoyatura legal alguna, y emergen siempre como gigantes para guía y referencia moral de los pueblos.

(*) Profesor de Investigación

Sociedad frívola

■ Qué mal vista está la vida en esta sociedad frívola y egoísta, que se embelesa con el silencio cósmico de los niños no nacidos, con la visión lunar de la geografía mineralizada, con la calma especular de las aguas muertas, y con la inútil belleza de los parques silenciosos y vacíos!

La gente de hoy haría muy bien en cerrar los oídos al griterío avasallador de la nueva cultura, en buscar la fértil soledad del pensamiento propio, y en meditar seriamente si opta por una civilización de muerte o por una civilización de vida, en la cual haya bosques con pájaros que canten, aguas limpias en las que hiervan los peces, y parques con muchos niños que alboroten.